

Uno de los supuestos políticos a que se refiere Elorriaga con insistencia, es el de la politicidad de la juventud actual. Juventud que no comparte las concepciones míticas y mesiánicas de las generaciones precedentes. Textualmente dice: "Creo sinceramente, con la modesta experiencia de haber escarbado en las mentes de mis compañeros de juventud con verdadera obsesión, que el apolitismo de la juventud actual española es totalmente falso. Se trata de una postura ocasional y aparente. En el fondo late el problema social, a que antes nos referíamos: la falta de un cauce adecuado para manifestar su inquietud". Añadiendo que "la continuidad política no es problema resoluble por transmisiones "mortis causa"; es un asunto a resolver "inter vivos". O lo que es lo mismo, que la juventud española tiene la obligación y la responsabilidad de crear e instaurar las formas institucionales que la concreta situación de España necesite.

Otras de las cuestiones a que hace referencia Elorriaga es la confusa "batalla de la Universidad Española". La situación enferma por la que camina nuestra Institución Superior docente, su mal funcionamiento, los peligros de las Universidades extra-estatales (que vienen siendo focos de grupos de presión), la situación "clasista" en el trato a los alumnos libres, la concepción aristocrática que domina en algunas mentes de los dirigentes universitarios, la desconexión entre profesor-alumno, el despotismo ilustrado de los catedráticos y otros "pequeños problemas" de nuestra Universidad. También se refiere Elorriaga a una cuestión de gran importancia en el ámbito occidental: la futura unidad de Europa. En este sentido Elorriaga es un poco escéptico. Pero este escepticismo nace, a nuestro juicio, de un planteamiento inexacto del problema. Es decir, coincidimos con G. Elorriaga en que la Unidad Europea no es posible a través de estructuraciones liberales, entendiendo por tales aquellas que finalizan su misión en publicar cartas solemnes y retoricistas de los derechos de los europeos. Ahora bien, la situación se torna optimista en la medida en que su integración se realiza a través de esque-

mas funcionales. En definitiva, insistimos sobre la importancia e interés de este libro, que en cierta medida supone una evolución más actual respecto a otros ensayos similares aparecidos anteriormente.

RAUL MORODO

*MATILDE ZAMANILLO: "Así es España". Prólogo de José del Río Sáinz. Editorial Cantabria, S. A. Santander, 1950. 181 páginas.*

El intento de recensionar aquí, por vez primera en estas páginas, un libro de versos, no supone, es claro, un análisis de las valoraciones estéticas y literarias que la obra merezca. Es esta una labor que cae por de fuera del contenido habitual del BOLETÍN. Sin embargo, en el libro de la ilustre poetisa Matilde Zamanillo, "Así es España", existen motivos y resortes más que suficientes como para ensayar un breve comentario, ya más encajado en la especialidad sociológico - jurídica. Por otra parte, quien precise una referencia exclusiva de las condiciones y méritos literarios de esta obra, puede, desde luego, consultar el prólogo de la misma, debido a la pluma nada vulgar de nuestro paisano José del Río Sáinz. Nosotros mismos, hace algunos años y desde igual perspectiva, tuvimos ocasión de aludir a este libro en unas breves cuartillas (cfr. "Ecos Universitarios". Núm. 2).

La primera pregunta que el lector curioso de esta obra ha de formularse, será invariablemente esta: ¿Qué es España para Matilde Zamanillo? En realidad, los ochenta sonetos que integran este libro constituyen un intento para llegar, por medio de una determinada visión histórica, al recóndito ser de la personalidad de España. La autora escribe, en el soneto-prólogo, que es preciso abrir la puerta del alma de España, para adentrarse en ella y contemplar de cerca cuanto allí—"en ese inmenso estuche de oro"—se encuentra guardado. Crece, además, que la determinación de los rasgos idiosincrásicos y morales de sus hijos más eminentes, brinda la posibilidad de retratar el "alma hermosa" de la madre, España. Es esta doctrina, como

se sabe, un lugar común entre los sociólogos: la determinación de la psicología colectiva por medio de la auscultación de las psicologías individuales. Hasta qué punto los resultados de este proceso psico-aditivo hayan de ser fructíferos, es cosa que el lector puede entrever fácilmente; pero no se olvide que la atinada selección de los valores-sumandos lo es aquí todo. Lo cierto es que la autora, conforme a aquel pensamiento suyo, se desliza, con un buen ánimo de subido tono poético, por entre las páginas de la Historia española, recogiendo personajes, situaciones y posturas con las que dispone y redescubre el entramado del ser de España. Todos los contenidos seleccionados los ha dividido Matilde Zamanillo en cuatro grupos fundamentales: 1) sonetos evangélico-sociales; 2) sonetos religioso-patrióticos; 3) sonetos sobre la España heroica y Cruzada de la fe de nuestros días, y 4) sonetos sobre los símbolos y caracteres de la verdadera España. A través de ellos recorre la autora los grandes motivos que constituyen el significado "esencial" de España. La obra resulta, por este hecho, una verdadera y sugerente aplicación del principio de la representación histórica (que Matilde Zamanillo orienta hacia diversos personajes, fuerzas históricas y mentalidad concreta, seleccionado todo ello con gran esmero), pero una representación convertida en filosofía, esto es, como un ensayo de configuración de la personalidad metafísica de España.

En definitiva, el lector pasa revista en este libro a una serie de seleccionados móviles históricos, en los que Matilde Zamanillo descubre, o trata de descubrir, el auténtico y verdadero ser de España. Pero queremos ahora advertir, como ya lo hicimos en otras ocasiones, el peligro que supone toda selección, con pretensiones ideológicas, de nuestra Historia, que se base sobre criterios de mentalidad concretos. Hay una confusión latente e inequívoca en todo intento de identificar la personalidad de España, entidad sujeta a la problemática de la filosofía, y una corriente o postura político-cultural determinada. Recientemente, don Pedro Laín Entralgo ha aludido en Madrid a ese concepto integral de España, que debe postularse hoy con

más tesón y firmeza, a fin de marginar las discordias e incomprensiones que de otra manera pudieran sucederse. Empero—conviene advertirlo—, la identificación de un complejo de valores relativos con un valor absoluto, que constituye en filosofía política un error de insospechado alcance, en poesía es motivo de escasísimo interés.

Las funciones propias del historiador y del poeta son manejadas conjuntamente por Matilde Zamanillo con harta frecuencia e inimitable soltura en "Así es España". Esto nos ha obligado a meditar en la valoración que pueden merecernos aquellos dos oficios o quehaceres intelectuales. El problema es este: si la labor del historiador es idéntica o diversa a la del poeta. Hoy se reconoce, porque la historia de la literatura recoge en su seno numerosos e incontrastables ejemplos, que los poetas no fueron nunca buenos aliados de la historia. Desde el viejo Homero, en efecto, hasta cualquiera de nuestros románticos del siglo último, pasando entre otros mil ejemplos por Ercilla, las obras de la poesía épico-histórica se han hecho acreedoras en todos los países de la desconianza y afán depuradores de la crítica. La verdad es que el enemigo mayor de la historia lo fué siempre el mayor aliado de los poetas: la fantasía. Ya Cervantes recordaba con gran acierto, a este respecto, que una cosa es escribir como poeta y otra muy distinta como historiador: "el poeta puede contar o contar las cosas no como fueron, sino como debían ser; y el historiador las ha de describir no como debían ser, sino como fueron, sin añadir ni quitar a la verdad cosa alguna". La diferencia, así vista, no admite réplica alguna. Puede colegirse de aquí, en fin, que entre el poeta y el historiador existe una relación similar, pareja a la que guardan el moralista y el biógrafo (el novelista). Unos y otros, poetas y moralistas, historiadores y biógrafos, desarrollan su actividad en planos espirituales afines: lo deontológico de un lado y lo histórico de otro; el ideal y la realidad. Realmente, todas las actividades humanas tienen su localización respectiva en una de aquellas categorías; no se podría, de

otra manera, comprender un sentido integral de la cultura.

Pero, advierta el lector, ciñéndonos al problema que "Así es España" plantea, que de la poesía surge, podemos decir sin el menor riesgo, una España de cartel, caricaturesca y ruidosa; mientras que de la historia emana siempre la España eterna, la España que Matilde Zamanillo, poetisa, canta con gran sorpresa del crítico. Y hablamos de "la sorpresa del crítico", porque en esta obra la autora ha sabido magistralmente superar el escollo que suponía tratar temas históricos con elementos poéticos. La poesía, ciertamente, de Matilde Zamanillo se halla sujeta en todo momento al equilibrio y rectitud más estimables, sin que los temas históricos que aborda aparezcan por ello falseados por la inventiva, las metáforas claudicantes o el sentido estético de la historia, vicio tan general entre todo tipo de versificadores. No es posible encontrar un ejemplo de más grande amor a la verdad, ni un canto que en todo instante más se aproxime a la justicia. "Así es España" merece, por todo ello, figurar al lado de las obras mejores que ha producido la bibliografía tradicionalista española, porque, aparte de constituir una apología entusiasta de los ideales de aquella escuela política, es un tomo de poesía nada común.

Algunas indicaciones de la propia autora obligan a catalogar este libro entre los que se comprenden bajo el epígrafe "poesía patriótica". Sabe, con todo, el lector, cuán adulterada se encuentra en nuestra época aquella expresión, y conviene por ello aclarar algunos extremos. La poesía patriótica, al igual que la prosa patriótica, encierra un fondo de falsedad que difícilmente escapa a la inteligencia de nadie. El hecho se debe a la confusión, generalizada por la doctrina de los estados totalitarios, de los términos "patriotismo" y "propaganda". Literatura patriótica vale hoy tanto como literatura de propaganda política. Esta confusión es lamentable. Indica, antes que otra cosa, una ausencia de autenticismo patriótico y una marcada hipocresía de tipo político humillante. La poesía patriótica carece hoy de interés, no tanto por la baja en que se

hallan actualmente en todo el mundo los sentimientos patrióticos, cuanto por lo que supone de propaganda oficiosa; sujeta, por otra parte, como está, a las circunstancias políticas, a los rumbos ideológicos y a los hechos históricos de última hora, se comprende que su continuidad es una ilusión. En el horizonte cultural de los pueblos la literatura patriótica significa muy poco, tanto cuanto escaso es el número de sus lectores. El griego Tirteo, por ejemplo, padre de la "poesía heroica", que tanto conmovió a sus costóneos y a las gentes de las centurias posteriores, resulta hoy empalagoso y aburrido (aunque sea a través de aquellas traducciones bastante aceptables de José del Castillo y Avenas). La propaganda, en fin, ha minado todo el sentido del verdadero patriotismo, comprendido como virtud y nunca como una serie de supuestos convencionales que emanan de los gobiernos. Se sabe que la propaganda es repudiada por todo hombre de honestas convicciones y no debe desconocerse hasta qué punto atañe esta repulsa a la literatura patriótica.

Pero "Así es España" no constituye —y salimos al paso de una posible tergiversación— un libro de "propaganda", ni siquiera un libro patriótico en ese sentido en que hoy se conoce o gradúa un término tan noble y elevado de por sí. Esta obra (al igual que, por dicha, otras muchas, entre las que podríamos recordar aquí aquel magnífico repertorio poético de Eduardo Marquina, intitulado "Por el Amor de España"), no constituye un libro de propaganda circunstancial, de un momento de un sistema, de una situación; es, por el contrario, la expresión de la España milenaria, el libro de España a través de una pluma femenina, católica y tradicionalista. Ni siquiera se hallan elogios excesivos a las propias ideas de la autora, elogios al Tradicionalismo, a la Monarquía. Todo, hemos de repetirlo, es en este libro comedido, graduado, equilibrado. Y por esto merece nuestro máximo aplauso y alabanza, porque la autora ha sabido elevarse, con el tacto habitual de mujer, por cima de toda otra consideración engañosa que no fuere la de España.

No quisiéramos, finalmente, concluir este breve comentario sino con nuestras mismas palabras de 1952: Estamos convencidos del bien que se hace a las letras patrias destacando esta admirable publicación, auténtico vergel donde cobran vida, en gran dimensión, todos los grandes de nuestra Historia y todas las enseñanzas de nuestro pasado.

FERMIN SOLANA PRELLEZO

**HILAIRE BELLOC:** *"Isabel de Inglaterra, hija de las circunstancias"*. Traducción de Miguel de Hernani. Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1951. 272 páginas.

He aquí una visión de Isabel la Grande, distinta a la que hemos leído en los libros de texto o a la que hemos imaginado, según los acontecimientos históricos de la Inglaterra de entonces. En algunos casos supone un esfuerzo por ver ciertas cosas objetivamente, aquellas que pueden estar relacionadas con determinadas creencias, desde una mentalidad con una posición ideológica radical bien definida, en un momento histórico en que fácilmente puede caerse en exclusivismo doctrinal, al considerar los cambios ideológicos que contribuyeron a transformar la ruta histórica de Inglaterra. Este esfuerzo, en circunstancias tales, quizá pueda ser más logrado en Inglaterra, país donde la convivencia social se ha formado entre gentes de credos diversos y en un ambiente de consumado liberalismo y tolerancia y en donde, por consecuencia, tiende a predominar lo aceptado generalmente, de modo que toda manifestación exclusivista, para evitar un roce violento con las demás y principalmente con los valores generales, que amenazaría con hundirla, ha de sondear en sus principios dogmáticos, para refrescar con las nuevas corrientes las viejas bases. Las cosas han de hacerse con arreglo a la moda, que según dice el propio Belloc en algún lugar de su libro, gobierna a los hombres, y la moda en cierta manera abarca todas las manifestaciones de la vida humana. El estudio experimental y científico de las cosas es, en Inglaterra más intensamente que en otros países, la

moda, lo generalmente aceptado, que viene rigiendo a los hombres hace ya muchas décadas y cuyo espíritu se lleva al estudio de todo. Ahora bien: no es precisamente con espíritu científico con el que está escrito el libro que nos ocupa, pero como reflejo de la fuerza convincente exigida donde predomine aquél, se nota en el autor, al tratar ciertas cuestiones, una perceptible actitud o fuerza para valorarlas objetivamente, con desprendimiento de las aberraciones que pueden seguirse cuando una ideología o creencia se utiliza inadecuadamente para verlo todo.

En los primeros capítulos sobre su triste herencia genealógica, el espectáculo deformante en que se desenvolvió su infancia, sus amores con su tío Tomás Seymour, a los quince años; el lapso de tiempo que transcurre hasta su coronación, que el autor denomina "intermedio", y en el cual Isabel se provee de una estimable erudición, constituyen una parte de los factores que habían de moldear su carácter y justificar su comportamiento posterior. La Reina Isabel se nos muestra, más que como una reina rectora del destino de Inglaterra o forjadora de sus éxitos, como mujer impulsada por los acontecimientos a la accesión al trono y que para sobrevivir, tuvo que mantenerse en él favoreciendo a aquellos que más pudieran apoyar su seguridad.

La exposición de las circunstancias y su significación en el futuro de Inglaterra ocupan buena parte del contenido de la obra. Para Hilaire Belloc la confiscación y pillaje de las tierras abadengas fué la causa principal de los cambios religiosos y sociales que se produjeron. Aparte de esto, "no había ningún activo y suficiente motivo moral para un cambio de la doctrina". Así, por ejemplo, hablando de las causas de la desaparición de la tortura, dice: "quiero indicar que una de las causas fué la subida al poder de los ricos y la correspondiente decadencia de la Monarquía... Pero desde el momento en que entra en escena un poder rival, tal como, por ejemplo, el que suponía la creciente fuerza de los ricos en el siglo XVII, con el desarrollo paralelo de la "ilustración" y las ideas liberales, torturar a un tes-